

mo he oído á un ancianito navarro, asilado en el Hospital del Carmen de Madrid, deshacerse en alabanzas de la caridad del Siervo de Dios, refiriéndome hondamente conmovido las muchas veces que le había socorrido ocultamente con cuantiosas limosnas y la bondad y afabilidad con que siempre le recibía. Este buen anciano se confesaba con el P. Claret y llevaba una vida sobremanera edificante. Nada nos da á comprender con tanta claridad el espíritu del santo Arzobispo en este punto como aquella su frase favorita, tan expresiva como graciosa: "Al morir, — decía, — quisiera que me hallasen sin tres cosas, „á saber: sin pecados, sin dinero y sin deudas (1).„ Á esta máxima sujetó en Madrid como en Cuba sus acciones, y de aquí nació su pobreza, desprendimiento y liberalidad. Para cerrar este capítulo, diré con la Reina Isabel II que "el señor Claret era todo caridad, y que para poder hacerla no omitía medio, desprendiéndose de todo cuanto tenía (2).„

(1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 115.

(2) Declaración de Doña Isabel II, n.º 5.



CAPÍTULO V

DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS DEL SIERVO DE DIOS EN MADRID HASTA EL RECONOCIMIENTO DEL REINO DE ITALIA

1. Corrupción de la oratoria sagrada en Madrid. — Primeros sermones del Padre Claret en la corte. — 2. Ejercicios á sacerdotes, caballeros y señoras. — 3. Injusticia de los que censuraban sus sermones. — Fruto que hacía con su unción evangélica. — Conversión de un asesino. — Cómo su fervor arrancaba lágrimas á los que no entendían su lengua. — 4. Actividad del Siervo de Dios. — Ejercicios y Misión en San Isidro el Real. — 5. Primera comunión de la Infanta Isabel. — Una profesión religiosa. — Trabajos apostólicos en 1863 y 1864. — 6. Se retrae de las predicaciones pomposas — 7. Su prodigiosa laboriosidad. — Una profecía terrible.

1. Pocos predicadores han alcanzado en Madrid tanto prestigio como el P. Claret, y de seguro que ninguno como él ha hecho tantas y tan maravillosas conversiones. Privada por mucho tiempo la corte de España del auxilio del clero regular, sin Iglesia Catedral hasta hace pocos años y sin otros beneficios que llamaran á los eclesiásticos de virtud y letras, careció por mucho tiempo de hombres verdaderamente apostólicos que se dedicaran al sagrado ministerio en beneficio de los fieles. La mayor parte del clero que en Madrid había allá por los años de 1857 al 68, eran sacerdotes de otras diócesis, de los cuales unos habían acudido á la corte pensando lucir sus talentos; otros, malquistos con sus Prelados, buscaban en esta Babilonia un lugar de refugio y vivir con cierta independencia indigna de su carácter; muchísimos estaban como de paso, á manera de huéspedes, y rarísimos acudían para consagrarse á la educación moral y religiosa de este numeroso pueblo, que por cierto lo ha bien menester. Hacíanse, es verdad, con mucho aparato las funciones religiosas, mas casi todo él se reducía á la ornamentación y parte musical, y los sermones se encargaban á unos cuantos oradores que estaban de moda,

los cuales, á más del trabajo impropio de acudir á los diversos puntos en que debían predicar en un mismo día, tenían generalmente la desgracia, como aun ahora acaece, de expresarse en un lenguaje ininteligible á la mayoría de los oyentes, y trataban más de halagar los oídos y la imaginación que de enseñar y exhortar á la virtud al pobre pueblo. De aquí nacía que las predicaciones eran estériles, y del mal gusto engendrado en los oyentes resultaba que á los tres ó cuatro años se cansaban de oír á un mismo predicador y andaban en busca de otro nuevo para recibir nuevas impresiones.

En estas circunstancias llegó el P. Claret á Madrid, adonde le había precedido la fama de predicador apostólico. Antes de empezar sus tareas en el nuevo campo de acción que el Señor le había preparado, se retiró á hacer algunos días de ejercicios espirituales en el noviciado de los Padres Paúles, y luego se dedicó á darlos á los demás y á toda suerte de predicaciones. Estando el día 15 de Enero del año 1857 contemplando á Jesús, parecía al Siervo de Dios que hacía poco por Él y que había de conocer su voluntad para hacer más, y con este intento se dirigió al Señor, diciendo: "Señor, ¿qué queréis que haga?" Y Jesús le respondió: Ya trabajarás, Antonio; no es hora todavía. Había acaecido esto estando todavía en Cuba; mas ahora había llegado la ocasión de que se cumpliera la promesa de Jesucristo; lo que trabajó en Madrid en muchos conceptos, pero mayormente en la predicación, lo de muestra palpablemente.

Uno de los primeros sermones que pronunció fué el panegírico de San Luis Gonzaga, predicado en la iglesia de Italianos el 21 de Junio de 1857, á los pocos días de haber salido de ejercicios. De él habló en estos términos *La Esperanza*, periódico sobrado parco en elogios al P. Claret: "Ayer tuvimos el gusto de oír al Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, Arzobispo de Cuba, que hizo el panegírico de San Luis Gonzaga en la iglesia de Italianos, y fué tal la impresión que sentimos con su sublime discurso, que realmente renunciaríamos á elogiarle, porque no encontramos palabras suficientes al objeto. Lleno de unción santa, pronunciando con una acción nobilísima y expresiva, mezclando con singular oportunidad los pasajes históricos de la vida del Santo con vivas exhortaciones á imitar sus virtudes, con arreglo al tema que sentó: *Inspice, e*

fac secundum exemplar, quod datum est tibi; estuvo admirable durante cinco cuartos de hora, en que el inmenso auditorio le escuchaba extremadamente conmovido. La multitud de citas de la Sagrada Escritura, de pasajes de los Santos Padres, de Teología dogmática y moral y de autores de Historia sagrada y profana, con que demostraba su asunto, nos hicieron ver la singular piedad y consumada erudición del venerable Prelado, á quien, finalmente, nos decidimos á tributar este pequeño testimonio de admiración y respeto para que los fieles se aprovechen de doctrina tan pura siempre que tengan ocasión de oírla. El 15 de Agosto predicó en la misma iglesia el sermón sobre la Asunción de Nuestra Señora, sobre el cual no puedo menos de traer aquí lo que escribió D. Enrique Ojero de la Cruz en *La Razón Católica*, revista muy notable que publicaban entonces en París y en Madrid acreditados escritores. "El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba, *Mosén Claret*, cuyo nombre, — dice, — transmitirán las edades sobre el de toda agregación de la grandeza humana, infatigable, celoso de la gloria de Dios, está dando ejercicios al clero, á los particulares, predicando á las Corporaciones de caridad, escribiendo para todos los fieles, confesando á S. M. C. ¡Qué feliz es la Reina de España en tenerle á su lado!... En este Varón apostólico, — dicen las gentes, — tenemos un Santo; pero es hora de decir al mundo alguna cosa edificante de ese Santo á quien tanto aman, pero á quien no tienen la dicha de oír en todas partes.

„ Comenzaba á obscurecer por las plazas y los paseos en la tarde de la festividad de la Asunción á los cielos de la Santísima Virgen, y en la iglesia de Italianos de esta corte se prolongaba el día por una multitud de luces que prestaban resplandores á los rayos de oro en que, en amorosa prisión, se permite colocar el Santo de los santos para que le adoren los fieles. Un Prelado de la Iglesia católica se postró con profundo recogimiento al pie del altar, oró por un breve rato y subió al púlpito, hizo la señal de la cruz con voz clara y decidida, acompañada de una acción pausada y llena de respeto, y soltó el torrente de su doctrina, que, como una chispa eléctrica, conmovió todos los corazones. Al describir la entrada de la augustísima Señora á los cielos, ni el tiempo había corrido desde este importante acontecimiento, ni se nos hablaba desde

una cátedra; *Mosén Claret* estaba en los dinteles del cielo refiriéndonos lo que veían sus ojos, y nuestras almas luchaban entonces con la pesadez del cuerpo, porque querían, como este insigne Varón, tomar parte en la intuición de tan soberana grandeza, como era la que nos refería: en este afán estábamos cuando, ligero y deslumbrador como un rayo, dejó las moradas celestiales para despertar las almas que aún no tienen la dicha de comprender esa caridad cristiana que visita sólo por amor de Dios al encarcelado en los calabozos, al enfermo en los hospitales. Dijo tanto y tan nuevo de la caridad, que se dilataban los corazones al ver las recompensas que aguardan á las más insignificantes buenas obras. Creíamos que nos conducía entre estas consoladoras esperanzas al término de su discurso; mas por uno de esos giros oratorios, que son sólo suyos, se colocó al frente de la Congregación de la Doctrina cristiana, á la manera que un general se pone delante de su ejército en el momento de acometer al enemigo, y con una voz imperiosa é irresistible, "la victoria es nuestra, „ hijos míos, la victoria es nuestra, — decía. — Peleemos las „ luchas de Dios „; y llevando al auditorio de combate en combate espiritual, las manos de todos querían extenderse para recoger las palmas que el Varón santo nos alargaba en nombre de nuestro Señor Jesucristo (1). „

2. El 13 de Septiembre del mismo año dió ejercicios espirituales al clero de Madrid, á los que concurrieron unos quinientos eclesiásticos de todas las categorías, con tanto gusto y aprovechamiento de los que los hicieron, que el 5 de Octubre hubo de comenzar otra tanda, en la cual tomaron parte tantos ó más que en la primera. "Acabo de dar, — escribía el Siervo de Dios el 1.º de Octubre de 1857, — una tanda de ejercicios á 500 sacerdotes, entre los cuales había un Obispo, cuatro electos, el Pronuncio con todos sus empleados y todos los jueces del Tribunal de la Rota, etc... Todos han quedado muy contentos y el pueblo de Madrid muy edificado. El día 5 se empieza la otra tanda, en que serán tantos ó más: luego haré otra para los seglares, empleados, etc., y, finalmente, otra para las señoras. „ El afán por oírle se extendía á todas las partes de

(1) *La Razón Católica*, Septiembre de 1857. Tomo II de dicha Revista, página 166.

España, como se desprende de estas dos líneas que el mismo Siervo de Dios añadía en la carta anterior: "Me han pedido, — dice, — fuese también á dar ejercicios al clero, á los estudiantes y al pueblo en Toledo, Sevilla, Cádiz, Jaén, etc. „

"Hace pocos días, — decía *La Correspondencia* autógrafa del 1.º de Octubre de 1857, periódico nada sospechoso, — fué á la cárcel de mujeres y dirigió á éstas una elocuente y tierna plática, que edificó y conmovió á las 200 infelices... y á las señoras que les enseñan la Doctrina cristiana. „

En la segunda quincena de Octubre dirigió los ejercicios al pueblo con una asistencia regular de más de tres mil personas, y "todos se han confesado ó se van confesando „, escribía el Siervo de Dios con fecha 1.º de Noviembre de aquel año. El 3 comenzaron los ejercicios á señoras en el templo de Santo Tomás, hoy derribado, que era uno de los más espaciosos de la corte, y que no podía contener la inmensa concurrencia. Casi á continuación, ó sea el 15 de Noviembre, comenzaron los ejercicios para hombres en la misma iglesia de Santo Tomás, y fué tal el concurso, que apenas se podía penetrar en sus grandiosas naves. "Hemos asistido, — escribía el *Boletín de las Conferencias de San Vicente de Paul*, — durante diez días consecutivos á estos santos ejercicios; hemos escuchado con ansiedad el desarrollo de la doctrina santa; hemos participado del edificante recogimiento de algunos miles de cristianos que se han apresurado á recoger el fruto de vida que la misericordia de Dios acaba de ofrecerles por medio de uno de los más dignos intérpretes de la palabra evangélica. „ Después de hacer una larga reseña de los sermones de los distintos días, continúa: "Llegó, por fin, la mañana del domingo 25. Este día será eternamente memorable para cuantos hemos seguido estos santos ejercicios. Á las ocho de la mañana inundaba el templo de Santo Tomás un gentío inmenso y reverente dispuesto á recibir la sagrada comunión que después de celebrar la santa Misa distribuyó el Sr. Arzobispo, durando esta ceremonia hasta cerca de las once y distribuyendo además á su lado el pan de vida otros dos señores eclesiásticos. Al empezar la comunión se volvió á los fieles el Sr. Arzobispo y pronunció una plática fervorosa y ardiente. Aquel Príncipe de la Iglesia, vestido de riquísimos ornamentos, interpretando las palabras del Salvador al insti-

tuir el sacramento de la Eucaristía, nos parecía un Apóstol de los pasados tiempos... El lenguaje del Sr. Arzobispo de Cuba es tan peculiar y exclusivo, que no es posible dar una idea de él, así como es imposible que lo olviden los que una sola vez lo han escuchado... Su objeto es únicamente la salvación de las almas; su predicación es sencilla, cordial, efusiva... Su resistencia y brío no tienen semejanza con los de nadie: dos horas por la mañana y dos por la tarde le hemos visto de pie dirigiendo al pueblo de Madrid sus apostólicas exhortaciones y consejos con robusta entonación y sostenida energía; y ni un solo instante se le ha observado fatigarse, ni desmayar su acento, ni sudar su venerable frente, ni humedecer con agua sus labios, ni sentirse acosado por necesidad ni molestia alguna, como si todas las debilidades de la naturaleza le hubieran respetado en esas horas benditas, ganosas de concederle una tregua de triunfo moral é inexplicable contento para su alma y el mayor de todos los beneficios á los angustiados mortales que le escucharan. Pero donde raya más alto la elocuencia del respetable P. Claret es en las comparaciones puramente bíblicas de que se vale para aumentar la fuerza persuasiva de su doctrina, y que son tantas, tan propias y escogidas, que bien puede asegurarse que no tiene rival ni competidor en esta que para nosotros es la más difícil facilidad de la elocuencia. Los proverbios más conocidos, los objetos más familiares, los agentes exteriores, las relaciones del hombre con la Naturaleza y sus innumerables seres, y con el arte y sus vastísimas creaciones, suministran al Arzobispo-Misionero un arsenal indefinido de comparaciones, de ingeniosísimos argumentos, de frases en extremo oportunas, de palabras que absorben la atención y el interés en términos que, lejos de fatigarse el auditorio, siente que no se prolonguen más sus peroraciones, no obstante la desusada proporción que les da (1). „ El entusiasmo que tan divina elocuencia producía en el pueblo era indescriptible. En uno de los ejercicios dados á caballeros en la iglesia de San Isidro el Real, que es la Catedral provisoria de Madrid, y á los principios de su estancia en la corte, fué tan extraordinario el concurso de señores, que

(1) *Boletín de las Conferencias de San Vicente de Paúl*, tomo II, página 298 hasta 308.

hubo de intervenir la fuerza armada para evitar el tumulto de la gente que de todas partes se había aglomerado. El último día, al despedirse de la muchedumbre, que con religiosa atención le había escuchado durante los ejercicios, hubo al final del sermón un grito natural y espontáneo de todo el auditorio, formado de millares de voces de: „¡Viva el santo Arzobispo de Cuba! ¡Viva el P. Claret!„ Grito que, á pesar de la gravedad española y del respeto que en España se tiene á los templos, nadie interrumpió, porque todos estaban persuadidos que aquello era la glorificación de la santidad. Al salir el Siervo de Dios de la iglesia hubo porfiado empeño de llevarle á su posada de Italianos en coche tirado por los principales caballeros de la corte, á lo cual se opuso el P. Claret resueltamente, y después de dejar pasar los primeros fervores del entusiasmo religioso, se fué á pie con su capellán D. Felipe Rovira. Desde aquel día el Gobierno empezó á visitarle y á cautivarse su amistad por todos los medios imaginables (1).

No se crea que por citar sólo estas tareas apostólicas del año 1857, que fueron las que más sonaron, dejase de trabajar en otros centros menos honrosos, pero en los que por ventura se aprovecha más á los fieles; antes por el contrario, estas segundas eran sus ocupaciones predilectas y cotidianas, como se echa de ver en este fragmento de una carta dirigida á Don Dionisio González y fechada en 8 de Agosto de 1857: „He hecho,—dice,—mis ejercicios en los Paúles; desde entonces voy predicando á los conventos y establecimientos.„

En 21 de Febrero del año siguiente, 1858, dirigió la palabra á los socios de San Vicente de Paúl, y al día siguiente les dió la comunión, acerca de lo cual se expresaba en estos términos *La Razón Católica*: „Los socios de San Vicente de Paúl de la corte de las Españas están siendo el objeto de los cariños de Dios; no tienen lenguas para álabar y bendecir su misericordia, que se ha dignado mandarles para que los aliente en su santa empresa á uno de sus ángeles humanados, cuya voz de fuego penetra é inflama todos los corazones. La noche del primer domingo de Cuaresma, en un salón de San Isidro el Real, en donde aún parecía aspirarse algo del santo aroma de sus expulsados moradores, la juventud madrileña, literatos

(1) Apuntes del ilustre Sr. Rovira, 14 de Febrero de 1880.

y pintores, sabios y científicos y los hombres desengañados de las naderías de la vida, gozaban de un placer nuevo, que si las gentes todas del mundo lo conocieran trocarían por él todos sus breves y roedores entretenimientos. Un Prelado de mediana estatura, de modestísimo semblante, puesto en pie sin más aparato que el de un padre que se levanta para aconsejar con más expresión á sus hijos, pero que como á hijos los quiere sentados para que se molesten menos, soltó el torrente de una voz clara y penetradora, que al mismo tiempo que recordaba interiormente el deber, mostraba como quien la ve la amorosísima recompensa del que lo cumple. La parábola del árbol era bellísima y propia, y mucho más cuando se le consideraba á él mismo cedro elevado por Dios y á quien los huracanes respetan, porque las raíces de su humildad están doblemente extendidas por la tierra que las ramas que ondean por los aires. ¡Qué espectáculo tan agradable á Dios y á todos los espíritus que habitan las celestiales mansiones sería el de contemplar á un hombre lleno todo del amor de Dios, brotando á raudales la doctrina de la caridad; y á otros hombres, la mayor parte bisonos en las banderas del Crucificado, pero gentes de corazón, que de entre las necesarias ocupaciones temporales de la vida hacen alto para asegurarse en Dios acercándose al pobre por Dios y atrayéndole á Dios, reunidos allí con respetuosa atención, sintiendo ya llenos sus corazones de una respetuosa alegría! Muy grande, muy tierno, muy encantador era por cierto el espectáculo de aquella noche. Pero ¿y el de la mañana siguiente? ¿Quién puede explicar con el común lenguaje el momento solemne en que postrados ante el altar, donde se celebraba el tremendo sacrificio de la Misa, el recogimiento se había aumentado por ser el instante en que al señor Arzobispo, confesor de S. M. la Reina, entraba en su pecho el Rey de los reyes y Señor de los señores, al mismo Dios humanado en las purísimas entrañas de María Santísima, y que después de haber en la tierra padecido por el rescate del hombre está sentado en lo más alto de los cielos á la derecha del Padre, comunicándose desde allí á los hombres en toda su plenitud por medio de ese misterio de amor de la sagrada Eucaristía? No, no alcanzan los colores de las imágenes que Dios da al cerebro del hombre para bosquejar, siquiera con ligerísimo contorno, lo que todo era luz de brillantísimos resplandores.

“Vuélvese el Sr. Arzobispo al pueblo con los dedos índices sobre los pulgares y se oye hablar. ¿Á quién? No lo sabemos; eso se parecía al misterio en que el Patriarca Isaac decía: “La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú.”; la voz era humana y, por el sonido, la del Excmo. Sr. Claret: las palabras eran divinas, y entre los sollozos y entre las lágrimas de los hijos de San Vicente de Paúl, dispuestos á recibir á Jesús Sacramentado, salía sin voluntad esta palabra de sus corazones: “Voz de Dios y no de hombre; jamás ha hablado hombre alguno como este hombre.” El Sr. Arzobispo lloraba también de gozo.

„Es necesario desistir de esta narración y separarse violentamente de ella, diciendo para no volver á llorar. El 22 de Febrero por la mañana fué tan grande acá en la tierra, que el Señor diría á los ángeles: “No derraméis más copas de desventura sobre España; porque el aroma de las oraciones de unos pocos de sus moradores ha embalsamado mi trono y ha desarmado mi justicia (1).”

El afán por oír al infatigable Apóstol, que tanto se desvivía por las almas, se manifiesta también en estas sencillas líneas, que el pajecillo del Siervo de Dios, D. Ignacio Betriu, escribía á su buena hermana Sor Rosa con fecha 24 de Febrero de este año 1858: “El domingo siguiente, —le decía, — empieza Misiones en ésta en dos ó tres parroquias seguidas; no hay iglesias capaces en ésta para predicar él, porque si cuando dió ejercicios á las señoras en una de las iglesias grandes de Madrid mujeres solas no cabían, ¿qué será ahora habiendo hombres y mujeres?,”

3. Los maldicientes y sectarios, que no podían ver en calma los triunfos que el Siervo de Dios obtenía y las maravillosas conversiones que á centenares y millares obraba, intentaron desacreditar sus sermones tachándolos de vulgares y caseros y de qué sé yo cuántas otras cosas que la pluma se resiste á consignar; pero todo fué en vano, porque “el pueblo, —como decía muy bien D. Vicente Lafuente, — el verdadero pueblo le escuchaba siempre con respeto, llenaba los templos donde predicaba en la corte, y aprendía más en un sermón del Sr. Claret que en veinte de otros oradores, que me guardaré

(1) *La Razón Católica*, Marzo de 1858.